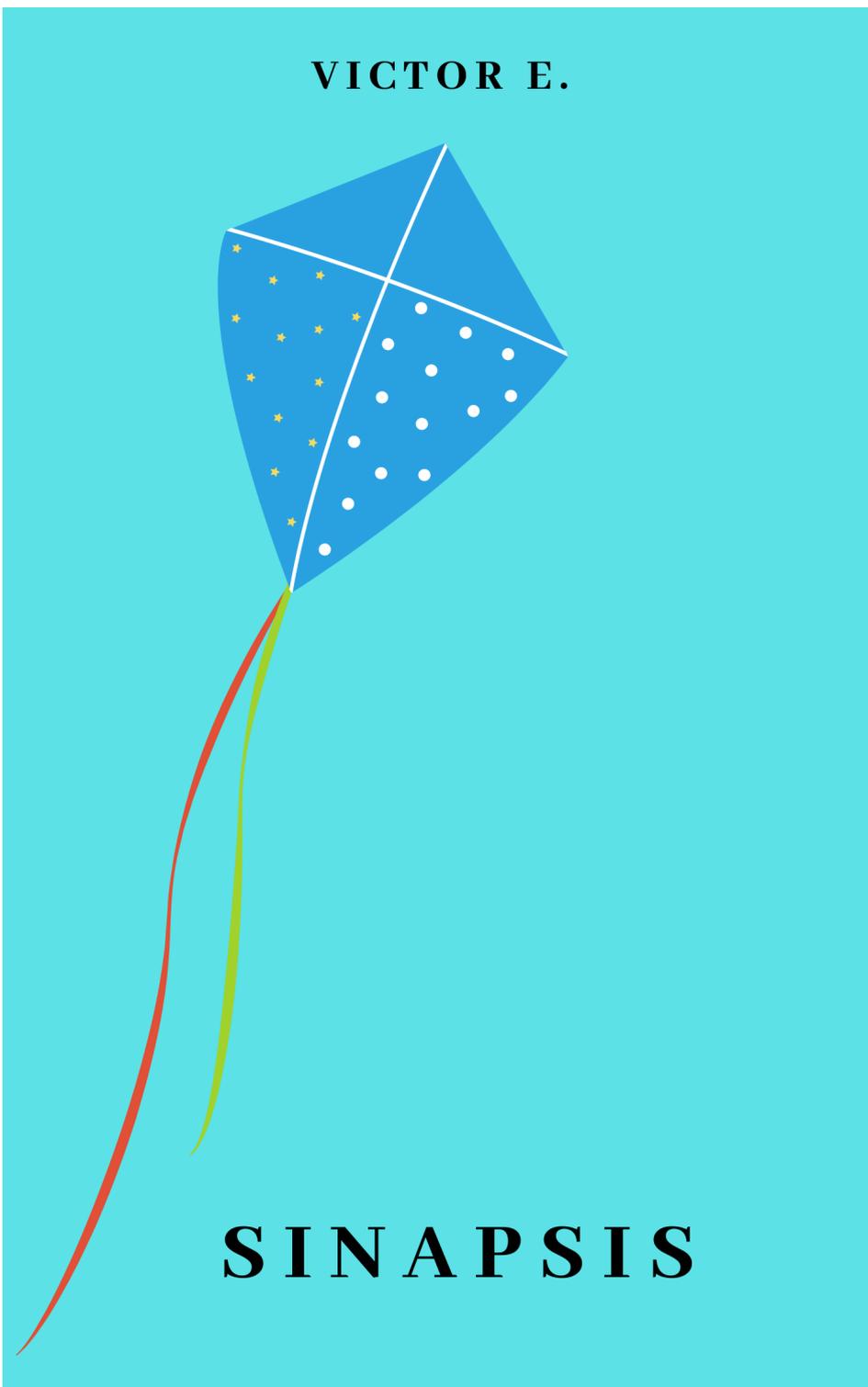


# Sinápsis

VICTOR E. PEREZ

**VICTOR E.**



**SINAPSIS**

## Capítulo 1

El gorrión revolotea por la pequeña casa de madera y zinc. Se acerca y se posa sobre el musgo verde, en el marco de una ventana abierta que da hacia la calle. La mujer entra en la habitación. Hay ropa en el suelo, cenizas de cigarrillos y un par de botellas vacías. Dedicando unos minutos a un aseo superficial. El frío es intenso, a pesar del sol que se filtra por la mañana. La mujer sale. El niño está en el suelo, fija su mirada en un rayo de sol, que atraviesa en forma precisa una pelusa suspendida en el aire, en una pequeña eternidad, se produce un sutil resplandor de colores dorados y violetas. Un arco iris concentrado sólo perceptible por él. El gorrión temporalmente inmóvil en el marco de la ventana, reinicia su vuelo en el mismo momento que el niño levemente se estremece.

El alimento está tibio, es grumoso, no tiene sabor. El movimiento de la mujer es mecánico, está pensando en otro lugar. El niño está quieto, cierra y abre la boca.

Tiene la sensación de poder controlar sus movimientos, casi tanto como su voluntad lo impone. Inicia una carrera cósmica, gira decenas de veces en torno a una mesa. Respira agitado. Escucha gritos de niños que están jugando en la calle, tras las paredes de la casa. Arrastra una silla, se sube a ella y los mira sorprendido desde la ventana. Son como él, un poco más grande. Son varios, se mueven de una forma graciosa. Imita sus movimientos, forma parte de un universo develado. En eso un golpe. En la cabeza. Una mano de alguien se dejó caer sobre el niño, quien con otro golpe llega al suelo. Es un hombre que tiene acceso habitual a la casa, pero el niño nada sabe de eso. Después de haber llorado varios minutos sin que nadie lo consolara, sube a la silla para mirar. Se han ido, la calle está vacía.

Pasan los días. Hay mucho calor, pide salir a la calle. Un grito de una voz ronca y pastosa lo deja paralizado. No se atreve a mirar. Hay varias personas, se ríen, beben, hablan fuerte. Luego silencio, ya se han ido. El niño permanece en la habitación. Tiene calor en su pequeño cuerpo, transpira y su garganta está agrietada. Ignora si está despierto o dormido. De súbito abre los ojos, no sabe cuánto es el tiempo que dura la oscuridad, ni el dolor en el pecho.

Está en la calle y el perro es mucho más grande que él. El animal no le presta atención, sus movimientos son extremadamente lentos, su piel es café. El niño tiene en su mano una correa. Lo azota. El perro no hace

nada. El niño lo vuelve a azotar. Escucha una voz que le dice "no lo hagas enojar". Insiste, y en un movimiento que dura un brevísimo instante, le muerde la mano y la correa. Hay sangre y llanto. La mano se agranda con el dolor. La mira sorprendido. El fruir de la sangre y las pulsaciones son tan intensas que el dolor también es placer. Los vecinos lo calman, vendan la herida. Le dan leche, y una cucharadita de un líquido dulce y dorado, que le ha recorrido su garganta hasta el atardecer. No deja de sonreír mientras contempla su nueva y enorme mano.

Es primavera y el cielo azul. En medio del campo presencia el combate. Tres volantines rojos y agresivos persiguen a uno pequeño de color verde. El objetivo claramente es destruirlo o cortar el hilo que lo vincula a la tierra. El niño mira en forma muy concentrada todas sus acciones, suspira en cada vuelta heroica del volantín verde. Ha puesto toda su fe en él. Gira, vuelve a girar. Se escabulle. En hábil maniobra corta el hilo de uno de los rojos, lanzándolo a la deriva. Los otros rojos se alejan, en retirada, piensan ya en el día siguiente. El pequeño verde ocupa todo el centro del cielo con amplias oscilaciones, como un soberano. Los ojos del niño brillan.

Fue sólo un segundo. El hombre se dirige a la casa con la mujer, se ve en su forma de caminar que ocultan algo. El niño los observa fijamente. El hombre inclina su cabeza, parece evitar esa mirada. Ahí está, parado en la calle, el niño se ha puesto un gorro de marino, que le queda grande, y una bufanda amarilla. Mide los movimientos y las distancias. Ordena los elementos, los colores. Distribuye energías. El sol ha bajado, lo suficiente para que una corriente de aire fresco le roce la cara. Ahora está sumergido en un lugar nuevo, sin que pueda percibir esa caricia.